



El hogar de una gran cantidad peces, algas e invertebrados está protegido gracias al primer y único Santuario Marino Municipal en Chile, que comprende 12 hectáreas en la comuna de Navidad.

En estos cuentos, los protagonistas son las especies marinas más destacadas de ese santuario: Carlitos el chorito, Sonia la huira vanidosa, o Zoe la larvita de jaiba que quiere ser grande.

Son ocho relatos maravillosamente ilustrados en los que niños y niñas descubrirán a los mágicos seres que habitan las costas de nuestro inmenso Océano Pacífico.



Los amigos del Santuario

Luz Valeria Oppliger

ILUSTRACIONES
María José Carmona



Los amigos del Santuario

Luz Valeria Oppliger

ILUSTRACIONES

María José Carmona

Los Amigos del Santuario

Proyecto EXPLORA CONICYT de Valoración y Divulgación de la Ciencia, Tecnología e Innovación – 2014

Edición textos: María José Ferrada

Diseño e ilustraciones: María José Carmona

Colaboradores: Leonardo Peralta (*Secretario Comunal de Planificación Municipalidad de Navidad*),
Cecilia Masferrer (*Presidenta Federación de Pescadores Navidad*).

Revisión científica: Stefan Gelcich, Andrés Keim y Luz Valeria Oppliger.

EDICIONES UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Vicerrectoría de Comunicaciones y Educación Continua

Alameda 390, Santiago, Chile.

editorialediciones@uc.cl

www.ediciones.uc.cl

© Inscripción Nº 249.058

Enero 2015

ISBN: 978-956-14-1493-8

Diseño: María José Carmona

Impresor: Salesianos Impresores S.A.

CIP – Pontificia Universidad Católica de Chile

Oppliger Zan, Luz Valeria.

Los amigos del Santuario | Luz Valeria Oppliger;
ilustraciones de María José Carmona.

1. Cuentos infantiles chilenos.
 2. Fauna marina - Chile - Literatura infantil.
- I. t.

II. Carmona Fontaine, María José, il.

2014

Ch863 DDC23

RCAA2

Los amigos del Santuario

Luz Valeria Oppliger

ILUSTRACIONES

María José Carmona



* Índice *

- 9 ¿Qué es el Santuario del Calabacillo?
- 13 * Eugenia y el mar *
- 27 * El escondite de Julio *
- 41 * Carlitos, el chorito *
- 55 * El oráculo del piure *
- 69 * La huir vanidosa *
- 83 * El loco héroe *
- 97 * La machita perezosa *
- 110 * La novia pejesapa *

¿Qué es el Santuario del Calabacillo?

La conservación efectiva de ecosistemas marinos requiere enfoques innovadores para involucrar a la sociedad civil en el cuidado de la biodiversidad marina. La inauguración del primer Santuario Marino Municipal en Chile, ubicado en la comuna de Navidad (Región del Libertador General Bernardo O'Higgins, Chile), se llevó a cabo el año 2012 y representa una innovación en la gestión de la biodiversidad costera.

Gracias al esfuerzo compartido entre la Municipalidad de Navidad, la Federación de pescadores locales y la Pontificia Universidad

Católica de Chile, hoy se encuentra protegido un bosque de algas denominadas Calabacillos (*Macrocystis spp*), en el sector de Las Brisas. Este Santuario marino comprende 12 hectáreas y protege el hogar de una gran cantidad de organismos, tales como invertebrados, peces y algas.

El Santuario del Calabacillo es un hito de la conservación del patrimonio natural y del desarrollo sustentable de los recursos marinos de Chile, ya que representa un modelo nuevo y participativo, donde la sociedad civil ha tenido un rol crucial en la creación de un área protegida.

Sin embargo, el desafío de contar con un área de estas características requiere, además de su creación, administración, programas de gestión, investigación y educación. Todos estos elementos darán larga vida a esta iniciativa única en el país.

Este libro de cuentos para niños y niñas preescolares, es parte del programa de extensión del santuario marino del Calabacillo de Navidad. Su objetivo es acercar especies locales a niños preescolares mediante cuentos con valores, cuyos personajes principales son las especies marinas más destacadas del santuario.

Esperamos que, a través de sus dibujos y cuentos ficticios, se inicie un proceso de descubrimiento del patrimonio biológico de las costas de Navidad, que será incluido a otras iniciativas de divulgación, como una forma de apoyar la gestión integrada de esta importante área protegida de Chile.

Esperamos que sus hijos disfruten de estos cuentos e ilustraciones,

Stefan Gelcich, Cecilia Masferrer y Leonardo Peralta.

*

Eugenia y el mar

En una localidad de pescadores, llamada
Navidad, vivía la pequeña Eugenia.

Como otros niños del lugar, la niña ayudaba a su padre a vender los regalos que les daba el mar: pescados, algas y mariscos, que al salir del agua brillaban como si fueran tesoros.

Ese año el mar estaba muy bravo. Las tormentas, con sus grandes olas, habían dejado huellas en los botes del lugar. Eugenia lo había notado.



En la celebración de San Pedro, Santo Patrono de los Pescadores, las familias entregaban regalos a su santo para que la pesca fuera abundante. San Pedro también se encargaba de que los hombres que salían cada madrugada a trabajar mar adentro, regresaran sanos y salvos. Darle un regalo, era una tradición muy importante.

Pero ese año, la pequeña Eugenia no tenía nada que regalar.



Pensó y pensó, hasta que se le ocurrió una idea:
el próximo verano limpiaría las playas de Navidad,
a cambio de que San Pedro cuidara a su padre.

Pasó el invierno y con él se fueron las tormentas y
las marejadas. Eugenia respiró aliviada: su padre
estaba sano y salvo. Era hora de cumplir con el
regalo prometido.



Durante ese verano se pudo ver cada mañana a la pequeña Eugenia recogiendo la basura de las playas. Y limpio, todo se veían tan bonito, que otro niños y niñas espontáneamente se unieron a la labor.

La comunidad de Navidad estaba muy contenta. Incluso el mar parecía estar contento al ver que las bolsas y papeles ya no ensuciaban las playas.



Y como en Navidad todo esfuerzo tiene su recompensa, el alcalde decidió que premiaría a Eugenia por su brillante idea, entregándole una linda medalla, que brillaba en su pecho como si fuera una de estrella de mar.

...



*

El escondite
de Julio

Julio era un pequeño billagay, que pasaba los días jugando con sus amigos en el fondo marino.

Pero mientras los demás se divertían, Julio sólo estaba preocupado de una cosa: ganar.

Y efectivamente, ganaba en los juegos de velocidad, las acrobacias de nado y las contorsiones.

Un día los pequeños billagay decidieron probar un nuevo juego: las escondidas.

Uno de ellos contaría hasta 20 y los demás nadarían a esconderse. Al término de la cuenta, el billagay que contaba, abriría los ojos para pillar a los que estaban escondidos. El último en ser descubierto sería el ganador. Muy simple.



Pero había una condición: nadie podía salir del gran bosque de calabacillo, porque eso podría alargar el juego durante horas, incluso días. Además, el bosque con su espesura era el mejor lugar para jugar, no necesitaban más.

¿Saben qué hizo Julio? Lo que imaginan: trampa. Apenas su amigo comenzó a contar, fue a esconderse al lugar prohibido.



Buscó el mejor escondite, en lo profundo de las aguas. Esperó y esperó. Sí, ganaría una vez más. Pasaban los minutos y nadie venía a buscarlo. Seguro que a estas alturas de la tarde, ya era el ganador definitivo.

Contento, decidió salir de su escondite para celebrar un nuevo triunfo. Nadó, nadó y nadó.



Y fue entonces cuando se topó con un enorme pulpo, que con sus tentáculos intentó atraparlo.

Julio lloró. Ya no quería ganar, sólo quería volver a su casa y abrazar a su mamá. Angustiado, el pequeño billagay nadó, nadó y nadó.



Cuando por fin Julio encontró la entrada al bosque de calabacillo lloró una vez más, pero esta vez de alegría, porque una vez dentro, el pulpo lo perdió de vista. Sí, el bosque era el mejor lugar para jugar.

Arrepentido, Julio confesó a sus amigos que había hecho trampa para ganar el juego y les prometió que nunca más volvería a hacerlo. Tenía unos buenos amigos, que lo perdonaron. Nunca más quiso ganar, poder jugar con ellos y divertirse era más que suficiente.

...



Carlitos,
el chorito

En un roquerío donde revientan las olas,
vivían los choritos negros.

Entre ellos, vivía Carlitos, un chorito que tenía como vecino a un gran erizo puntiagudo. Esto, en lugar de alegrar a Carlitos, lo ponía triste. Cada día tenía que escuchar cómo los demás choritos del lugar se burlaban del pobre erizo:

“¡Pinchudo!, ¡Pelo de aguja!, ¡Cabeza de palillos!”, le gritaban y luego estallaban en pequeñas carcajadas que se escuchaban en todo el fondo marino. La historia se repetía cada día.



“¡¡¡¡Basta!!!!”, dijo un día Carlitos el chorito,
que ya no soportaba escuchar las burlas y
ver la cara de tristeza de su vecino.

“¿Y a ti que te pasa?”, dijeron los choritos. ¿Es que
acaso te crees un erizo? ¿Un erizo o un chorizo?”
“Carlitos el chorizo”, “Carlitos el chorizo”.
Las carcajadas sonaron aún más fuerte.

Las burlas golpearon a Carlitos tan fuerte como
olas de mar.



Su madre, que era una sabia chora, notó la tristeza de Carlitos. Y como era verdaderamente sabia, supo también la razón de la pena del pequeño chorito.

“Carlitos, no hagas caso de las burlas. Es bueno tener otro animal de roca cerca y me alegra que lo defendieras. Debemos respetarlo y quererlo por ser nuestro vecino. Algún día me darás la razón”.

Pero Carlitos, no quería saber de consejos y soñaba con vivir en una roca lejana y solitaria, donde ya no pudiera escuchar las burlas de los demás choritos. En su cabeza seguía retumbando esa palabra: “chorizo”.



El curso de las cosas cambió el día en que un gran loco hambriento llegó hasta el roquerío. Uno a uno fue comiéndose a los choritos.

El banquete era perfecto: los choritos estaban solos y desprotegidos.

Todos menos uno: Carlitos. Al llegar a su roca, el loco no pudo acercarse, ya que se encontró con la gran defensa de su vecino, el erizo puntiagudo. Enojado, continuó hacia otro roquerío.



La historia fue de roca en roca y desde ese día, todos los choritos negros comenzaron a respetar a Carlitos y de paso, a su amigo el erizo. Comprendieron lo bueno que era tener un vecino diferente.

Sí, mamá chora, tenía razón: tener un vecino de otra especie era una verdadera suerte. Y ahora los choritos estaban de acuerdo en algo: había que quererlo y respetarlo, como a todas las criaturas del inmenso mar.

...



El oráculo
del piure

Zoe, era una larvita de jaiba, que tenía la costumbre de compararse con los demás.

“¿Por qué soy tan pequeña?, ¿Por qué no tengo pinzas ni patas?”, se preguntaba Zoe, comparando su pequeño cuerpecito con el de sus hermanas jaibas adultas.

Las demás jaibas reían y le decían, “ten paciencia ya crecerás”. Sin embargo Zoe no se conformaba con esta respuesta: quería ser como ellas y no quería esperar.



Zoe tenía una amiga: Plutea, una larvita de erizo, que al verla tan preocupada le propuso consultar al oráculo del piure.

Las dos amigas se fueron nadando hasta la gruta donde vivían cientos de piures que observaban por su único ojo rojo. Al final de la gruta, encontraron una caverna con un gran círculo en el suelo.

¡Ahí debes ponerte!, dijo Plutea. Zoe se ubicó en el círculo y escuchó una profunda voz que resonó en la caverna, “¿Cuaaaaaaaal es tu preguntaaaaaa?”, dijo el oráculo con una voz que hizo temblar hasta la última alga del fondo marino.



“Quiero saber si seré grande algún día, si tendré cinco pares de patas y fuertes tenazas como las que tienen mis hermanas”, dijo Zoe.

“Serás graaaaande y fuerte, tendrás pinzas y cinco pares de paaaaatas como tus hermanas, las cuales te permitirán caminar de laaaaaaado y hacia atráaaaaas”, escucharon las larvitas.

“Debes tener paaaaaaaaciencia pequeñaaaaaaa”, se oyó en la caverna.



Pasaron las semanas y Zoe comenzó a sentir cambios en su cuerpo, cada vez se le hacía más difícil nadar. Había ganado peso y sentía que algo cambiaba en su pequeño corazón de jaiba.



Un día sus hermanas jaibas le dijeron, “Zoe, estás más grande que nosotras, y que hermosas pinzas tienes”.

El oráculo tenía razón: Zoe se había transformado en una magnífica jaiba adulta.

Y había aprendido algo muy importante: la paciencia es una virtud que nos permite ser felices.

Y eso es igual en la tierra y en el hermoso fondo del mar.

...



La huir
vanidosa

Sonia era una bella alga parda, de tipo lessonia, que al igual que todas las huiras de su especie, tenía una frondosa cabellera olivácea.

Por alguna desconocida razón, la cabellera de Sonia era la más larga y abundante de todo el roquerío de la localidad. Sí, Sonia estaba segura de que era la más bella y no se cansaba de peinarse al vaivén de las olas.

Era la más bella, y también la más vanidosa.



Cada día, los animalillos de roca podían oír los llamados a vivir dentro de su cabellera: “Vengan, vengan a vivir al increíble mundo de Sonia, la más bella, la reina de las rocas”.

Gusanos, cangrejos, choritos, picorocos, alguitas pequeñas, crustáceos y hasta peces acudían. Y así, la comunidad de animalillos que albergaba bajo su cabellera era la más grande de todo el lugar.

Pero Sonia no estaba interesada en protegerlos, simplemente le gustaba tener a los animalitos para lucirlos frente al resto de las lessonias. Ya lo hemos dicho: era la más vanidosa.



El invierno de ese año trajo fuertes marejadas. Las olas reventaron con una fuerza desmedida en los roqueríos y las lessonias plegaron sus cabelleras para protegerse y refugiar a la comunidad de animalitos que cada una cuidaba. Todas, menos Sonia.

Una ola de más de 5 metros fue la encargada de darle una lección: la pilló desprevenida y rasgó su cabellera, dejándola semi calva y llevándose mar adentro a la mitad de los animalitos que habitaban en ella.



Sonia, al ver su reflejo en el espejo del mar, lloró desconsoladamente, pero luego de un tiempo aprendió que cuidar a los animalitos marinos bajo su cabellera le daba otra especie de belleza: la de quienes comparten con otros los dones que la naturaleza les ha regalado.



Con el tiempo, Sonia cambió la vanidad por la bondad.

Y es cierto que Sonia ya no era la más bella, pero era mucho más feliz.

...



El loco
héroe

Calixto Concholepas era un joven loco del roquerío, un loco común y corriente.

Tenía muchos amigos de su especie, y al igual que a ellos, le preocupaba la poca cantidad de comida que tenían a su disposición para alimentarse.

En las horas de merendar, sólo encontraba unos pocos caracoles, y en sus días de suerte, encontraba uno que otro chorito.



Calixto, que estaba en período de crecimiento, tenía hambre casi todo el tiempo. Su concha no había alcanzado el tamaño que debía tener para su edad y a él no le gustaba ser pequeño. Quería ser un loco grande y feroz.

Frente a la escasez de comida, decidió un día partir en expedición, pensando que tal vez lejos de su casa podría encontrar la comida que necesitaba para crecer.

Exploró varios roqueríos sin éxito, hasta que decidió dirigirse a aguas más profundas.



Fue así como llegó a un bosque de calabacillos del cual había oído hablar a algunos peces. Este bosque era magnífico, pues ¡¡tenía muchísima comida!! Abundaban choritos, caracoles, lapas y piures. Jamás imaginó que existiera semejante banquete.

Luego de comer hasta saciarse, decidió que debía compartir el fantástico hallazgo con su familia y amigos.



Se desplazó lo más rápido que pudo, hasta llegar al “loquerío”. En él, narró su emocionante experiencia en el bosque de calabacillo, describiendo con lujo de detalle los deliciosos manjares que había conseguido.

Luego de escuchar a Calixto, toda su familia junto a otras familias locas, decidieron que se mudarían a aquel paraíso.



En una mudanza colectiva, se asentaron en el gran bosque. Y a partir de ese día, Calixto fue considerado por los locos como un verdadero héroe.

...



*

La machita
perezosa

Era un día tranquilo en el fondo del mar.
Un día perfecto para aprender cosas nuevas.

Y en un banco de arena, una madre macha enseñaba a sus pequeñas a obtener comida por filtración.

“Deben estar semienterradas, con sus valvas cerradas e inhalar agua por su sifón”, repetía la madre, una y otra vez.



“Bien Clara, así se hace” exclamó la mamá, al ver cómo Clara estaba en una buena posición y tomaba una gran bocanada de agua, siguiendo las indicaciones que le había dado.

Pero no todos seguían la lección con el mismo entusiasmo.

Martita, que era una machita perezosa, encontraba que la técnica de filtración era lenta y la hacía quedar exhausta. ¿Por qué no dejar sus valvas abiertas? De esta forma caerían alquitas microscópicas para comer, sin tener que filtrar. ¡Era una idea excelente!



“No Martita, no seas perezosa, debes aprender a filtrar como tus hermanas, cierras las valvas y empieza a trabajar”, decía la madre.

Pero Martita, que además de perezosa era desobediente, no quiso escucharla y no cerró sus valvas.



Un gran pez de fondo pasaba por el lugar y al ver a Martita con sus valvas abiertas encontró en ella el almuerzo perfecto. Nadó rápidamente y le dio un buen mordisco. No logró comérsela, pero le desgarró un pedacito de branquia.

Pobre Martita, estaba adolorida y asustada. Se había llevado un buen susto pero había aprendido una lección importante: el camino fácil no siempre nos lleva a un buen destino.



De ahora en adelante cerraría sus valvas y lo más importante: pondría mucha atención a todo lo que le dijera mamá macha.

...



La novia
pejesapa

Amalia era una pequeña pejesapa.

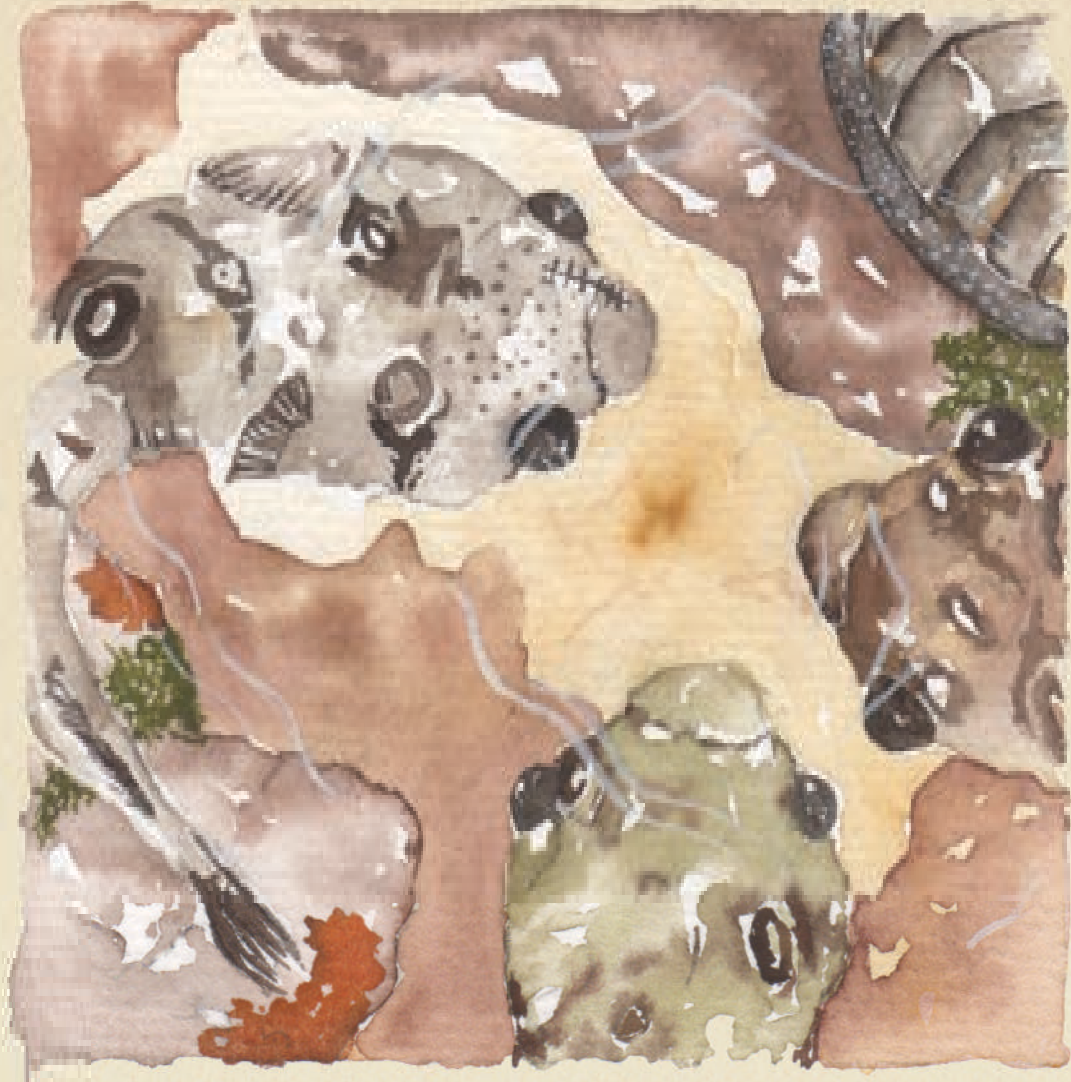
Era igual a las demás, pero había una diferencia:
un día, cuando era pequeña había perdido un
pedacito de boca al morder un anzuelo.

La cicatriz que había quedado la hacía ser mucho
más tímida que las demás pejesapas. Quería estar
sola, esconderse entre las rocas de las pozas. Amalia
no quería que vieran la marca que la hacía distinta.



Un día, sus padres la llamaron. Tenían que hablar con ella un tema importante. “Amalia, estás en edad de casarte”, dijo su madre. “Te hemos prometido al hijo de la familia Verlusconi”.

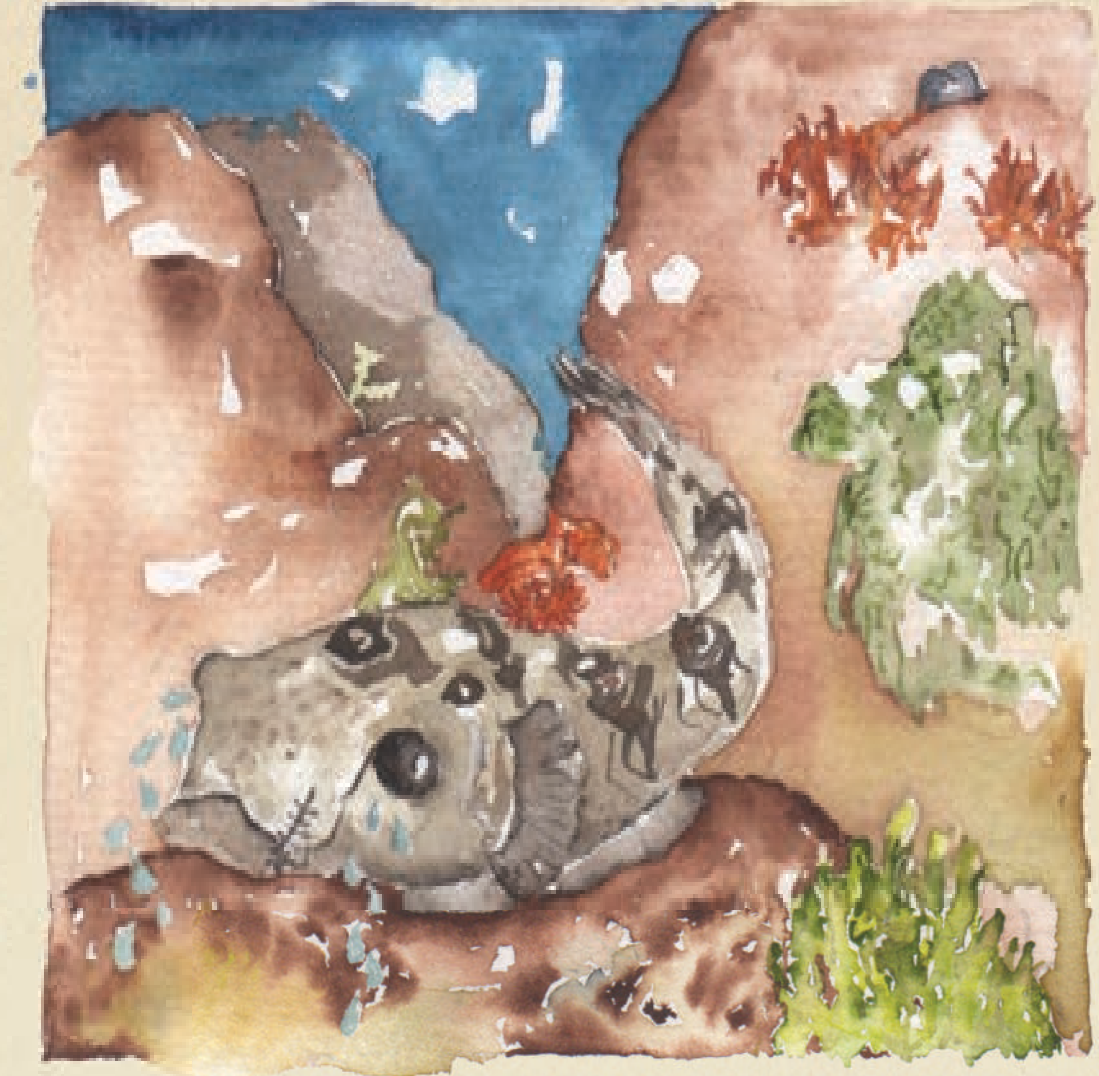
Amalia, sintió latir con toda la fuerza del mar su pequeño corazón de pejesapa. ¡Sebastián Verlusconi! ¡Era el pejesapo más apuesto! ¡Tenía la mejor ventosa para adherirse a las rocas!



Pero entonces recordó su cicatriz. La alegría se transformó en tristeza. “Jamás querrá casarse conmigo”, dijo. Y corrió a esconderse entre las rocas.

Amalia lloró, lloró y lloró.

Y su llanto era tan fuerte que llegó hasta el corazón de los animales marinos del lugar.



“Te ayudaremos, pequeña”, dijeron unas viejas actinias. Y le confeccionaron un hermoso vestido de novia con sus tentáculos.

“Te ayudaré”, dijo un pulpo y con su tinta, pintó los labios de la novia.



Llegó el día de la boda y Amalia estaba radiante. Nadie en el fondo del mar recuerda haber nunca visto una novia tan bella. Y a un novio tan feliz.

Entre los invitados estaban las actinias y el pulpo, que al igual que los padres de los novios, lloraban de emoción.

Amalia y Sebastián se casaron, fueron felices.

...





Playa de Navidad, Chile.